

JAID BLACK

PECADOS PATERNOS

Libro electrónico de Ellora's Cave.

Novela erótica, NR-18.

Traducida por TRINITI.

Resumen

Candy Morgan siempre se ha sentido mal por lo que su padre le hizo a su antiguo protegido, James Douglas Mahoney III: lo engañó para luego expulsarlo de la empresa. Y para empeorar las cosas, Candy está segura de que JD siempre ha creído que ella formó parte de la conspiración para librarse de él.

Ahora, tras una OPA hostil, JD acaba de hacerse con el control de Morgans Chemicals. Candy sabe perfectamente que él querrá vengarse de su familia así que se prepara para ser despedida de la compañía. Pero para su sorpresa, JD no la despide. No, su vendeta contra los Morgan va a desarrollarse de una manera completamente diferente, de una manera que Candy nunca habría podido imaginarse ni en sus sueños más salvajes y perversos...

Capítulo 1

"¿D-Disculpa?" tartamudeó Candy Morgan. Sus ojos ambarinos se abrieron como platos mientras miraba al hombre que tenía enfrente, sentado ante el lujoso escritorio de roble. Seguramente no había oído bien. Bajo ningún concepto...

"Ya me has oído," murmuró. Su intensa mirada azul se clavó en la suya con expresión inquietante. "No lo diré dos veces."

Candy le miró boquiabierta, demasiado aturdida para hablar. No podía creer lo que estaba oyendo, no podía creer que ese hombre, James Douglas Mahoney III, estuviese sugiriendo-mejor dicho, exigiendo- semejante cosa. En cualquier otra situación su respuesta habría sido "sí". Bajo estas circunstancias su orgullo sólo le permitía decir...

"No." Sacudió la cabeza, tragando bruscamente al mirarlo. "No me utilizarás de esa manera, JD. No puedo creer que te atrevas siquiera a sugerirlo," susurró.

Arqueó las cejas, pero, por lo demás, permaneció tranquilo e impasible. Su mirada arrogante recorrió todo su cuerpo de arriba a abajo, desnudándola. Esto era demasiado teniendo en cuenta que había pensado que tendrían un encuentro improvisado, pensó. La manera en que él intentaba dominar la situación no tenía nada de improvisado.

Apretó los dientes con fuerza pensando que el muy bastardo probablemente estaría disfrutando un montón con su incomodidad. ¿Pero, acaso podía culparlo? Si las circunstancias fueran a la inversa, pensó, no sabía como lo trataría.

JD Mahoney, suspiró. El hombre que había protagonizado más sueños húmedos durante su adolescencia de los que podría recordar, finalmente se había fijado en ella como mujer. Tenía treinta años y había esperado mucho, mucho tiempo para que este momento se hiciera realidad. Pero ahora que había llegado, pensó malhumoradamente, tenía que rechazarlo. Se percató de la ironía.

A los cuarenta estaba quizás aún más guapo que la primera vez que le había puesto la vista encima con trece años. Se había enamorado instantáneamente de él, un hombre de veintitrés años, pero no había necesitado una gran experiencia social para darse cuenta de que esta atracción era y sería siempre unilateral.

Los hombres con el aspecto de JD Mahoney no se conformaban con mujeres como Candy Morgan.

Ni siquiera si esa mujer era la hija del hombre más rico de Atlanta, Georgia.

Candy creía que se conservaba bastante bien. Tenía una cara exótica y bonita, los ojos ambarinos un poco rasgados en las comisuras, los labios llenos, una sonrisa alegre, largos rizos dorados, y un ligero acento sureño. Pero nunca había estado delgada, ni siquiera en sus mejores momentos, y también era cierto que nunca había sido alta.

Si había una cosa que Candy había aprendido relacionándose desde niña con la crème de la crème de la sociedad, era que los hombres atractivos y poderosos deseaban esposas trofeo, hermosas, altas y esqueléticas. Deseaban mujeres que comieran ensalada y bebieran agua mineral y que se creyesen que eso era una comida-no una mujer que comía filetes y patatas al horno (rebosantes de mantequilla y nata, por supuesto), bebía refrescos con azúcar, y gozaba de todo esto sin el más mínimo remordimiento. Deseaban mujeres con extremidades lo bastante largas como para abarcar el tronco de un árbol-no una mujer cuyas piernas eran más cortas que el tocón de un árbol talado.

Suspiró. Estaba claro que nunca sería exquisitamente femenina.

"Haz lo que tengas que hacer," dijo Candy en voz baja mientras se levantaba de la silla. Sus palmas sudorosas se deslizaron nerviosamente por la parte delantera de sus vaqueros de marca mientras sus ojos rehuían su mirada. No sería la puta de ningún hombre-ni siquiera del único que siempre había deseado realmente. "Y yo haré también lo que tenga que hacer," dijo con más seguridad de la que sentía. "Creo que ahora debo irme."

Candy caminó hacia la puerta de la oficina, y después se paró a medio camino. Volteó la cabeza, mirándolo por encima del hombro. "Independientemente de lo que decidas hacer" dijo suavemente, "quiero que sepas que estoy y he estado siempre en contra de lo que te hizo mi padre." Le dio la impresión de que su mirada tensa se relajaba levemente pero no podría asegurarlo. "Y no hablo por hablar".

De hecho, ella había sido la principal defensora de JD. Cuando su padre le dio la espalda a su joven *protégé*, echándolo como si fuese un trasto viejo sólo para ganar un dinero fácil, se murió de vergüenza. Pasaron muchos años antes de que pudiera perdonarlo y relacionarse con él como se supone que deben hacerlo padre e hija. Y aún así, habían pasado algunos años más antes de que la tensión entre ellos se rejasara.

"Adiós, JD," susurró, continuando su camino hacia la puerta. Suspiró. Desearía que las cosas hubieran resultado de otra manera. Y sobretodo desearía haber podido cumplir sus fantasías de acostarse con JD sin que ésto fuera el resultado de un sacrificio por su familia. Pero a los ojos de JD Mahoney, estaba segura, uno de los Morgan tenía que pagar por los pecados paternos. Y puesto que su padre estaba muerto y ahora era ella la dueña de Morgan Chemicals, francamente, sólo había una mujer que pudiese pagar por ellos.

Llegó hasta la gran puerta doble de la elegante oficina y se dispuso a abrirla. De repente, una brusca palmada sonó contra la viga de madera justo encima de su cabeza e hizo que se detuviese. Tragó saliva con nerviosismo, al sentir el calor irradiado por el cuerpo enorme que se apretaba contra su espalda. Juraría que estaba excitado. Por ella como mujer o por el poder que ejercía sobre ella-o por ambas razones-no sabría decirlo.

"Piensa bien lo que haces, Candy," murmuró. "Tu madre y tu hermano confían en que tomes la mejor decisión para todos."

Se debatió entre la excitación y la cólera. Excitación porque era la primera vez que lo escuchaba llamarla familiarmente "Candy" en lugar de "Candace". Cólera porque acababa de dar por hecho que su madre y su hermano eran tan codiciosos como su padre. Y venció la cólera.

"Mi madre," dijo con voz agria, "nunca me perdonaría que me dejase utilizar como una puta común." Sus fosas nasales se abrieron. "Y mi hermano pensaría lo mismo."

"Ya veo," gruñó JD junto a su oreja. Podía sentir sus ojos intensos e inteligentes taladrando su cráneo. Analizando. Evaluando. Calculando. Eso era lo que mejor se le daba. Ese era el motivo de que, a diferencia del montón de ex-empleados que su padre había engañado, James Douglas Mahoney III se las hubiese arreglado para abrirse paso hasta la cima. Ahora ella estaba a su merced.

"¿Pero qué crees *tú* que es lo mejor?, querida Candy." Posó una mano sobre su hombro, frotándolo, acariciándolo. "¿Cuál es la mejor decisión ejecutiva que puedes tomar, la la mejor para *tí*? Tu familia tiene tanto que perder. Es decir," concluyó, "puedo enterrar el pasado, así tu familia, corrupta o no, podrá continuar con el ritmo de vida al que se ha acostumbrado."

El cuerpo de Candy se tensó. "Quieres que sea tu puta," dijo en voz baja. "Independientemente de lo que pienses de mi familia, me educaron para algo mejor que eso."

"Eras la niña de papá," murmuró contra su oído. Se apretó más contra ella, su gruesa erección presionando contra su espalda. "No tengo ninguna duda de que Lorenzo te educó para que fueses todo lo que él no pudo ser."

Lo que hacía aún más dulce su venganza contra la familia Morgan, pensó ella sombríamente. A los ojos de JD, ella era dulce e inocente-una auténtica dama de la alta sociedad.

Y, en todos los sentidos de la palabra, un auténtico chivo expiatorio.

Su columna vertebral se tensó. De repente, todo cobró sentido. Súbitamente, entendió por qué un hombre que lo tenía todo, un hombre que podría poseer a cualquier mujer que se le antojase, quería tenerla como amante...

Porque ella no era en absoluto como su padre. Y porque tenía la esperanza de que Lorenzo Morgan, el hombre que lo había traicionado, se enterase desde la tumba de que JD Mahoney había conseguido convertir a su querida Candace en el mismo tipo de persona que Lorenzo había sido en vida-una vulgar puta que haría cualquier cosa por dinero.

"¿Qué quieres de mí?" masculló. "¿Sexo? ¿Cuántas veces? ¿Y hasta cuando?" Candy giró sobre los talones, clavando sus ojos ardientes en los suyos. Con más de metro ochenta de estatura, era casi treinta centímetros más alto que su uno cincuenta y cinco así que tuvo que empujarlo un poco hacia atrás para poder mirarlo a los ojos, pero en ese momento estaba demasiado enfadada como para sentirse intimidada por eso. "¿Cuántas cosas te tendría que aguantar?" escupió.

JD sonrió, un gesto arrogante diseñado para enfurecerla aún más. Y lo consiguió.

"¿Bien?" chilló. "¿Continúa con tus exigencias! No puedo dejar a mi familia en la calle cuando está en mis manos evitarlo y tú lo sabes condenadamente bien. Dime tan solo qué diablos quieres de mí, "gritó con furia," y lo tendrás."

Él se rió entre dientes y sus intensos ojos azules recorrieron hasta el último rincón de su cuerpo. Su mirada peligrosa se detuvo en sus pechos, memorizando el contorno de sus pezones. "Quiero mucho más de ti que sexo, Candy," dijo suavemente. Demasiado suavemente. "Lo quiero todo."

Ella tragó con un nudo en la garganta. "¿Que quieres decir exactamente?" dijo casi sin fuerzas. Sus pechos se endurecieron bajo su mirada. "No estoy de humor para acertijos." Él arqueó las cejas, pero no dijo nada. Metió las manos en los bolsillos de su exclusivo traje italiano y la miró fijamente. "Todo," murmuró, "significa exactamente eso." Su mandíbula se endureció. "El sexo no es suficiente, mi dulce. Ni por asomo es suficiente." Ella se ruborizó, sintiéndose como un tonta pues durante un momento había pensado que JD Mahoney quería acostarse con ella. Qué idea más ridícula, concedió. Se mordió el labio. Podría tener a cualquier mujer que deseara. Ya tenía que estar muy necesitado para tirarse a alguien tan corriente como ella.

"Oh, no pienses que te has librado," gruñó, creyendo que la mirada que le había dirigido era de alivio. "Te follaré cuando y como me dé la gana. Pero el sexo sólo es una mínima parte de tu penitencia, querida."

Vaciló y la preocupación ensombreció sus rasgos de nuevo. "¿Qué quieres decir exactamente?" murmuró. "Ahora sí que no te entiendo."

"Quiero ser tu dueño," dijo simplemente, sin andarse por las ramas. Sus ojos azules se clavaron en los suyos, su expresión de nuevo perturbadora. "Casarme contigo, dejarte preñada, tener todo el control sobre tu cuerpo..."

Sus ojos ambarinos se abrieron de par en par. Era lo último que había esperado oír. ¿Casarse con ella? No necesitaba casarse para asumir el control de Morgan Chemicals. Con la coyuntura actual, sólo tenía que decirle una palabra al banco y a la junta directiva y la empresa sería toda suya.

"...y Lorenzo se enterará desde la tumba que no sólo he tenido éxito colándome en su preciosa compañía sino también en su jodida línea sanguínea."

Candy lo miró sin comprender, demasiado atontada como para reaccionar. El magnífico plan de JD estaba más allá de cualquier cosa que ella se hubiese podido imaginar. Estaba más allá, lo sobrepasaba y se adentraba en el puro surrealismo.

"¿Estás loco?" susurró. "No puedes desear realmente casarte conmigo. ¿Por que ibas a condenarnos a ambos a una eternidad de..."

"El momento de las preguntas y las respuestas ha terminado," anunció con arrogancia, una ceja oscura levantada. "Tienes dos opciones, querida. Sé de mi propiedad y yo dejaré en paz a tu familia. O rechaza la oportunidad que te estoy ofreciendo de salvarlos y perderás todo en el proceso. Eres tú quien tiene que tomar la decisión." Su mirada chocó con sus pechos, luego retrocedió hasta su cara. "Tómala y hazlo rápido."

Parpadeó, incapaz de formular un pensamiento coherente y aún menos de tomar una decisión que cambiaría su vida para siempre. "¿Por qué hablas de propiedad?" dijo débilmente. "El matrimonio no es exactamente propiedad..."

"El mío lo será." El *mío*. No el *nuestro*. Había captado perfectamente el uso del posesivo.

Los ojos calculadores de JD bajaron de nuevo, devorando sus pechos, buceando en su sexo cubierto por el pantalón. "Me follarás cuando y como yo quiera. Complacerás cada uno de mis caprichos y satisfarás mis más perversas fantasías." Su cuerpo reaccionó a sus palabras, excitándose en contra de su voluntad. "Me darás tantos hijos como yo te diga. Harás lo que te mande. Nunca mirarás ni tocarás sexualmente a otro hombre..." Sus ojos penetrantes se clavaron en los de Candy. "Seré tu dueño," murmuró. "Por completo."

Ella tragó con dificultad, los ojos abiertos de par en par.

"Hazme saber tu decisión, Srta. Morgan." Su mandíbula estaba tensa, la mirada dura. "El tiempo comienza a contar, y ya comienzo a impacientarme. "

Capítulo 2

Candy aceptó vacilantemente la mano de JD. Sentía la boca seca como un estropajo. Enlazó sus grandes dedos con los suyos y la condujo hacia el aeroplano privado de la empresa. Ni en sueños habría esperado que tuvieran una verdadera luna de miel. Se había sorprendido mucho, y sobre todo se había preocupado, cuando una hora después de casarse, su marido le había comunicado que se dirigían hacia la isla tropical que poseía en Costa Rica y que permanecerían allí dos meses.

El plan resultaba excitante, pero también sobrecogedor.

Nadie podría oír sus gritos si él tenía intención de hacerle daño.

Si se dejaba guiar por la lógica, él no parecía el tipo de persona que disfrutase haciendo daño a los demás, pero por otra parte, ¿y ella qué sabía? Apenas lo conocía. Además, pensó malhumoradamente, JD creía que había estado confabulada con su padre. No creía que las escasas palabras con las que había intentado defenderse en su oficina, palabras que habían llegado cinco años tarde, hubieran supuesto alguna diferencia.

Suspiró, preguntándose otra vez qué tendría pensado hacer con ella.

Y, maldita sea, de todos modos, no existía ninguna forma de luchar contra él. Verdaderamente, JD había convertido su sumisión en una parte legal de su matrimonio. La había obligado a firmar una declaración jurada, en la que bajo pena de expulsar a su familia de la casa familiar, ella se comprometía a obedecerlo ciegamente. Legalmente, recordó apretando los dientes, ni siquiera podría levantarle la voz sin que castigase a los suyos.

Se le ensancharon las aletas de la nariz. Había creído que en una semana su familia se encontraría en la calle. Al contrario de lo que pensaba JD, ella nunca había sido del tipo dulce y sumiso. Las mujeres dulces y sumisas no podrían dirigir con eficacia compañías que manejan millones de dólares. Y ella lo había hecho eficazmente antes de la absorción. El problema estaba en que su padre antes de su muerte había tomado un montón de decisiones económicas absurdas, y esto casi había agotado el capital.

Aunque seguro que su marido ya lo sabía. Se preguntaba si eso no sería parte del aliciente de casarse con ella-la ocasión de someter por la fuerza a una mujer fuerte e independiente que después de haber sangrado sus efectivos hasta agotarlos no podría luchar contra él durante mucho tiempo.

Treinta minutos más tarde, el avión había despegado y les habían servido unos cócteles. Candy se sentó en su asiento frente a su nuevo marido bebiendo una margarita. Miró por la ventana, observando distraídamente las nubes que pasaban a su lado, demasiado nerviosa para establecer contacto visual con el hombre que ostentaba semejante poder sobre ella.

"Tienes unos pechos espléndidos," murmuró JD, consiguiendo su total atención, los ojos abiertos como platos. No esperaba que fuera tan directo- aunque ahora ya tenía una pista. Ser directo formaba parte de su naturaleza. "Puedo ver cómo tus pezones se yerguen bajo la blusa." Observó como ella se despejaba la garganta nerviosamente y apartaba la mirada. "¿Es por el frío, la excitación, o son las dos cosas?"

Excitación, pensó, retorciéndose un poco en su asiento. "Frío," susurró.

Candy cerró los ojos brevemente, cogiendo fuerzas. Aunque pareciese una idea perversa y estúpida, su cuerpo siempre había respondido naturalmente al hombre sombrío y prohibido que se sentaba enfrente. Era como si los dioses hubieran creado su cuerpo con el único propósito de deleitarse con James Douglas Mahoney III. Ningún otro hombre conseguía que se pusiese caliente sólo con unas palabras o una simple mirada. Ninguno, sólo JD.

Odiaba admitirlo, pero parecía más peligroso y atractivo que nunca. Todavía llevaba el mismo traje negro italiano con el que se casaron. Estaba tan atractivo con el pelo castaño despeinado y con la corbata suelta colgando descuidadamente de su cuello... Su atlética musculatura se marcaba incluso bajo la ropa que cubría su cuerpo. Sus ojos eran de un azul profundo e intenso, las líneas de la risa en las comisuras contrastando brutalmente con la dura expresión de su rostro.

"Entonces tendré que ponerle remedio," dijo suavemente, posando el brandy. "Quiero que mi mujer esté siempre derritiéndose por mi, muriéndose por mi polla."

Candy se quedó sin respiración, terriblemente excitada. Era demasiado. A su líbido no le importaba que lo único que JD desease de ella fuese venganza. Éste seguía siendo el hombre con el que había soñado secretamente casi toda su vida.

Ya estaba excitada, reconoció. Si la tocaba probablemente estallaría sólo con su contacto. Respiró profundamente, pues no deseaba avergonzarse sucumbiendo tan pronto. Después de todo, el hombre que había anhelado durante tantos años era el mismo que le había arrebatado las riendas de su vida. Debía tener esto presente.

"Sácate la ropa." Ella abrió los ojos de par en par. Levantó la cabeza de golpe topándose con su mirada atenta. "¿Q-Qué?" musitó sin aliento. Sentía como si el corazón fuese a salirse del pecho. ¡Vaya! No perdía el tiempo con preliminares.

Increíblemente, su mirada se intensificó aún más. "Sácate la ropa," repitió.

"P-Peró la tripulación..."

"La ropa," dijo suavemente, recordándole con la mirada el acuerdo matrimonial. "Quítatela."

Candy contuvo el aliento. Nunca había permitido que un hombre la viera desnuda a plena luz del día. Plantearse hacerlo era lo más espantoso que podía imaginarse. Pero, paradójicamente, también era lo más excitante.

¡Ojalá su libido no actuase por su cuenta! JD deseaba venganza-no a ella.

"Estoy esperando," murmuró. "Quiero ver desnudos esos prietos pezones sin nada que me estorbe la vista." Ella se atragantó con la margarita, después posó el vaso. Vaciló un momento, pero inevitablemente, se levantó y se dispuso a desnudarse. En realidad no tenía otra opción, se recordó Candy. Tendría que obedecer mientras pudiese o por lo menos hasta que encontrase una manera de salir de este lío. Si existía alguna.

"¿Te puedes dar la vuelta?" Pidió tímidamente, bajando la cabeza avergonzada. "¿Por favor?"

"No." JD tomó su brandy y se arrellanó en el asiento. Candy alzó la mirada, sorprendida por la obvia excitación de su voz. Luego volvió a bajarla inmediatamente, observando el bulto prominente en sus pantalones. "Quiero mirar a mi esposa, no la trasera del jodido avión," dijo con voz pastosa. Ella se mordió el labio. El recuerdo de su padre diciéndole que necesitaba perder peso, que era demasiado gorda y desagradable, inundaba su memoria. *Vete al gimnasio y haz ejercicio*, le había dicho Lorenzo en varias ocasiones. *Nunca cazarás un marido tal y como estás*.

"No tengo mucho que mirar," susurró. "... No estoy intentando retractarme de nuestro acuerdo, pero yo..."

"Creo que tienes mucho que mirar," interrumpió él, sorprendiéndola. "Ahora demuéstremelo. Estos pezones ahora son míos... y ese coño sólo me pertenece a mí. Quiero verlos"

Inspiró profundamente intentando tranquilizarse, sus palabras la habían excitado más que sentir las manos de diez hombres acariciando a la vez todo su cuerpo. No deseaba sentirse atraída por él, vistas las circunstancias de su matrimonio, pero lo estaba. Era difícil no sentirse atraída por un hombre tan atractivo que, conscientemente o no, conseguía que se sintiese hermosa.

Candy inclinó la cabeza y comenzó a quitarse la ropa lentamente. Evitó cuidadosamente mirarlo, pero podía sentir como su mirada intensa devoraba sus pezones mientras se quitaba primero la blusa blanca de seda y a continuación el sujetador blanco de encaje.

Agarró sus pechos con las manos y usó los pulgares para restregarle los dilatados pezones. "Preciosos," murmuró con voz densa. "Tienes unos pezones grandes y alargados. Perfectos para chupar."

Ella apretó los muslos con fuerza y expulsó el aliento. Su boca estaba tan cerca que podía sentir su aliento cálido en los pezones. "G-Gracias."

Comenzó a lamerla sin piedad, sorprendiéndola, y obligándola a jadear. Fue turnándose entre sus pechos, lamiendo lentamente la aureola de cada pezón para luego chupar la punta con toda la boca.

Candy lloriqueó, sentía debilidad en las piernas, como si fuesen de mantequilla. Él endureció la lengua alrededor de su pezón izquierdo y lo atrajo al calor de su boca. Ella gimió suavemente cuando sus labios lo apresaron, y cuando comenzó a succionar no pudo evitar hundir instintivamente las manos en su pelo oscuro.

JD pasó los diez minutos siguientes colmando sus tetas de atenciones. Chupó un pezón durante un par de minutos, después cambió al otro e hizo lo mismo. Luego repitió el proceso una y otra vez, y una vez más hasta que ella se aferró a él sin aliento.

Él levantó la cabeza de su pecho, con los párpados entornados. "Ahora el resto," murmuró posesivamente. "Enséñame ese maravilloso coño, ahora me pertenece."

Jadeando y con los pezones hinchados y doloridos, Candy obedeció. Retrocedió un paso y con manos temblorosas alcanzó la cremallera trasera de la minifalda blanca. Al desabrocharse, bajó la vista a sus pechos y comprobó que sus pezones estaban enrojecidos y dilatados. Se podía ver el débil borde de las marcas de los dientes, y esta visión hizo que se humedeciese aún más.

"Ahora quítate las bragas," dijo JD roncamente cuando la falda se deslizó hacia abajo enroscándose a sus pies. "Quiero verte completamente desnuda, vestida sólo con los tacones."

Las bragas blancas de seda cayeron a continuación, uniéndose con rapidez a la ropa que estaba en el suelo. Oyó como JD suspiraba y no estaba muy segura de cómo interpretar ese sonido. Se mordió el labio inferior, sintiéndose de nuevo avergonzada e insegura de su cuerpo. ¿Estaba excitado o irritado? No sabría decirlo. No debería importarle.

"¿Te depilas completamente el coño?," dijo él con voz ronca. "¿Siempre lo has tenido rasurado?"

Ella asintió, todavía demasiado avergonzada para mirarlo a los ojos.

"¿Por qué?" murmuró él. "¿Te gusta lo sensible que se vuelve cuando te masturbas?"

Su cara enrojeció subitamente, dándole la respuesta. Desvió la mirada.

"Demuéstramelo," ordenó con voz arrogante y posesiva.

"Siéntate, separa las piernas, y demuéstreme cuánto te gusta tocarte."

"JD ..."

"Demuéstramelo," la cortó, interrumpiendo su protesta. "Tu coño ahora me pertenece, Candy. De ahora en adelante, lo usarás sólo para complacer a tu marido, no para ti misma."

Luchó por recuperar el aliento. Este hombre tenía el don de la palabra. Candy sabía que ésta iba a ser la masturbación más corta de su vida pues ya estaba a punto de correrse. "De acuerdo," susurró.

Sentada enfrente de él, Candy abrió las piernas de par en par colocando una sobre cada reposabrazos. Podía sentir su mirada penetrante clavada descaradamente en su sexo expuesto, una mirada que la marcaba como hierro candente.

"Tócate," dijo con voz pastosa. Él se desabrochó los pantalones y liberó su erección de la prisión en que se encontraba. Era larga y gruesa, con una vena que se marcaba en el medio, de la raíz a la cabeza. "Juega con tu coño para mí."

Candy deslizó los dedos hacia abajo hasta encontrar el clítoris. Se mordió el labio al ver como la contemplaba con la mirada entornada. Cerró los ojos y comenzó a manipular su clítoris, frotándolo circularmente hasta que su respiración se fue volviendo más y más pesada.

"Muy bien, buena chica," dijo con tono grave. "Sigue frotándote el coño para mí. De ahora en adelante tendrás que pedirme permiso antes de acariciarte. ¿Lo entiendes, Candy?"

En algún recóndito lugar de su mente febril encontró las fuerzas necesarias para asentir.

"Este coño ahora es mío," le recordó posesivamente. "y nadie lo tocará sin antes pedir permiso a su dueño."

Candy jadeó y la pasión se arremolinó en su interior formando un nudo en su vientre. Continuó restregando los dedos sobre su chocho mojado, el clítoris hinchado le palpitaba clamando por la culminación.

Oyó entrar al ayudante personal de JD y, por un momento, acarició la idea de parar. Pero sabía que eso no le gustaría a su marido. Continuó masturbándose, más allá del límite en que podría importarle si alguien la miraba. Es más, saber que otro hombre la estaba observando sin que ella lo viese ya que tenía los ojos cerrados, hacía que se excitase aún más si cabe. Se acarició más fuerte y un quejido suave escapó de sus labios.

"Espléndido," murmuró JD con voz excitada. "Exquisito."

Se corrió con un gemido ruidoso, sintiendo como la sangre encendía su cara. Los pezones disparados hacia fuera, dilatados e hinchados. Su aliento entrecortado y jadeante.

"Eso será todo por ahora," oyó que JD murmuraba a Tom, su auxiliar. Abrió los ojos y observó como su marido aceptaba una copa de brandy. "No necesitaremos más de sus servicios hasta que el avión aterrice."

"Por supuesto, Sr. Mahoney."

Tom se retiró con expresión impasible pero el bulto de sus pantalones contaba otra historia. JD entrecerró los ojos y la miró, diciéndole sin palabras que no consentiría que mirase la ingle de su ayudante.

¿Entonces por qué permitió que su ayudante mirase como se masturbaba? se preguntó vacilante. Sin embargo, se dio cuenta de que ya sabía la respuesta. JD probablemente había querido exhibir su posesión ante un varón inferior-otra muestra de dominación sobre ella. No sabía si sentirse insultada o adulada por el hecho de que él la encontrase digna de exhibición.

"No vuelvas a mirar nunca el pene de otro hombre," dijo su marido con desaprobación. "No me gusta como me hace sentir."

Ella abrió los ojos de par en par, sorprendida por el hecho de que él hubiese confesado tanto. Se despejó la garganta y desvió la mirada. "Lo siento," murmuró. "¿Ya puedo cerrar las piernas?"

"No." Se arrellanó en su asiento y acercó el brandy a los labios. "Estoy gozando de las vistas," dijo descaradamente.

Candy se ruborizó. "¿Por qué permitiste que Tom entrase aquí y me mirase si no querías que me fijase en su reacción?" Lo observó con atención. "¿Cómo esperabas que reaccionase?"

Él sonrió levemente. "¿Sinceramente?" Ella asintió con lentitud.

"La verdad es que no me di cuenta de que había entrado hasta que era demasiado tarde. Cuando se excitó..." Su voz se fue apagando y su mandíbula se endureció. "No me gustó. Y cuando notaste su erección," murmuró, "me puse celoso. No provoques mis celos otra vez, por favor."

Candy sintió que el corazón se le salía del pecho. ¿Por qué era tan sincero con ella? Y sobre todo, se preguntaba, ¿por qué estaba celoso? Dadas las circunstancias, lo lógico sería pensar que JD habría gozado al avergonzarla delante de cualquiera. Este hombre era un enigma que tardaría mucho tiempo en descifrar.

Candy expulsó el aliento. Le había sorprendido que James Douglas Mahoney III hubiese admitido una debilidad dos veces en cinco minutos. Nunca habría esperado que se mostrase vulnerable tan pronto, o nunca.

"Gracias por contestar a mi pregunta," susurró, desviando la mirada, confundida.

"De nada." Candy se quedó allí sentada unos quince minutos, con el coño desnudo y expuesto para su marido, sus pies calzados con los tacones altos colgando de cada uno de los reposabrazos del asiento. Su mirada azul intenso no se apartaba de su carne. Simplemente estaba allí sentado, bebiendo su brandy, y memorizando cada uno de los rincones de su chocho.

De vez en cuando, Candy dirigía la mirada ambarina hacia su pene hinchado, que aún la inquietaba más que su propio deseo. Asumió que él estaba disfrutando su excitación, sin ninguna prisa por llegar al orgasmo. Sin embargo, su necesidad asumió el control.

"Chúpamela," ordenó con voz pastosa. "Arrodíllate a mis pies y chúpame la polla." Con los ojos como platos Candy se mordió el labio. Por un momento vaciló, pero al final, y en virtud de su contrato legal, obedeció sin protestar.

Candy cerró las piernas y se puso de pie, después se arrodilló delante de él. Con los rizos dorados cayendo en cascada sobre su espalda, lo tomó en su boca sin ceremonias. El sonido de su respiración entrecortada le provocó un nudo de deseo en el vientre.

"Muy bien, pequeña," gruñó JD roncamente, y sus dedos se enroscaron en su pelo. "Tómame tu tiempo aprendiendo a conocerla. Chúpala como si fuese un chupachús."

Ella hizo lo que le mandaba. Candy había echo mamadas antes, pero su intención siempre había sido excitar al hombre para la cópula. Esta era la primera vez que se demoraba, lamiendo su rabo de arriba a abajo, familiarizándose con él desde la vena abultada hasta el minúsculo agujero en lo alto del capullo. JD acunó su cara entre las palmas todo el tiempo, observando simplemente como se familiarizaba con su verga. No intentó obligarla a ir más rápido, sino que permitió que lo explorara a placer.

Candy engulló su polla hasta la garganta y sus pezones se endurecieron con el sonido de su gruñido. Sus dedos se ocuparon de masajearle las pelotas, enredándose entre sus rizos.

"Ahora voy a follarte la cara," masculló. "Ya no puedo más, nena, se acabaron los juguetes."

JD se levantó de su asiento, cuidando que sus labios no soltaran su polla en ningún momento. La agarró por la parte de atrás de la cabeza e introdujo la verga en su boca tan profundamente como pudo, gimiendo al sentir sus labios contra sus testículos.

"Eso es," dijo roncamente, y sus músculos se tensaron mientras zambullía el pene tieso en su boca, metiéndolo y sacándolo una y otra vez. "Engúllela toda."

Candy gimió con la boca llena, notando como su polla se inflamaba más y más. Él comenzó a cabalgar dentro de su boca más y más rápido, apretando y contrayendo las nalgas mientras le follaba la cara.

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

